

Muriel contempla junto a Maurice la puesta de sol desde la Plaza de Oriente, algo que acostumbraba a hacer con Manu, tan aficionado a ellas como el Principito.

Al día siguiente cogerá el avión para París y tratará de olvidarlo.

Aprobará el examen de oposición y se convertirá, tal como ella quería, en profesora de español.

Conseguirá una plaza en París, pero en las afueras de la ciudad.

Allí se encontrará con alumnos realmente problemáticos que le harán reflexionar sobre las ideas de Manu acerca del salvajismo que amenazaba la vasta cultura francesa debido a su inmensa necesidad de esclavos.

Aquellos adolescentes no querrán aprender nada, tal sólo descargar su agresividad contra los demás, profesores incluidos.

Las chicas serán menos agresivas, pero tampoco querrán estudiar.

Ellas no pensarán en otra cosa que maquillarse y competir con sus compañeras por ver quien lleva los shorts más cortos.

Las musulmanas, al menos, protegidas de esa violencia psicológica continua gracias a sus sagrados velos, lograrán un mayor rendimiento académico.

Además, sus alumnos árabes, creyendo que España es un país menos racista, se esforzarán un poquito por aprender con la esperanza de huir de la barbarie a la cual les confina la hipócrita sociedad francesa.

Pero esos serán los menos.

La mayoría se dejará arrastrar por la ola de violencia que desencadenará una guerra civil en su país.

El conflicto se volverá internacional y Europa quedará de nuevo devastada.

Tras toda esa ruina se tratará de crear naciones más justas, con menores necesidades económicas, y por lo tanto bélicas.

El san-simonismo, o Nuevo Cristianismo, será implantado, superando en eficacia al comunismo, pues su pilar fundamental es la igualdad de género.

Aunque Marx había asegurado la lógica autodestructiva del capitalismo, y anunciado su fracaso; la razón de ese afán destructivo será muy distinta a la que él exponía, y la pista para encontrarla se hallará en el Génesis.

Tras siglos de oscurantismo protestante, se descubrirá que la palabra trabajo procede del latín *tripalium*, un instrumento de tortura con el que los romanos sujetaban a sus esclavos para que no pudieran huir.

Siguiendo la misma línea libertadora, se le desvelará a la población que la familia supone un también un modo de esclavitud, pues *familium* era el término que se empleaba para designar a los siervos en una casa romana.

Así, una vez asumido que el trabajo y la familia eran las dos causas del mal en la tierra, se empezará a plantear la posibilidad de liberar a la mujer de la esclavitud sexual que supone el matrimonio y la prostitución.

En cuanto a aquella profesora de español, idioma que como el francés no será más que el recuerdo del lejano pasado de una Europa integrada por nuevas razas; al final se dará cuenta de cuánta razón tenía su ex novio.

Ella, tan chauvinista y perfectamente amoldada a la sociedad de su tiempo, no tardará mucho en comprender las protestas de los españoles iniciadas el 15 de mayo en que se produjo la ruptura con él.

Lo cierto es que nunca se había imaginado lo duro que podía suponer enseñar español en un instituto, y sólo vivirá esperando que lleguen las vacaciones.

Al final Manu iba a tener razón con eso de que la ociosidad, la madre de todos los vicios, tendría que convertirse en nuestra diosa, se plantea años después mientras contempla una puesta de sol junto a Maurice convertido en su esposo.